

El perfil del debate

La economía tiene como objeto de estudio cómo se realiza la creación de riqueza o de valor en condiciones de productividad y competitividad, así como la distribución de esa riqueza entre los agentes que participan en el proceso de producción y valorización del capital. Consecuentemente, estas realidades, es decir, el nivel de desarrollo tecnológico, el proceso de trabajo, los sistemas de distribución y de planeación organizacional en las empresas, no son elementos dados sino, por el contrario, varían según la etapa del desarrollo económico, de la capacidad de concretar la justicia de las instituciones y del grado de cohesión social.

Para descifrar lo anterior, desde la perspectiva de las relaciones industriales, se han utilizado nociones de productividad tales como sistemas, modelos, estructura, heterogeneidad, etcétera, que buscan definir las relaciones sistémicas que se dan entre sus componentes y la forma en la que su combinación articula y produce un determinado nivel de eficiencia, productividad y de competitividad.



Trayectorias

Año VIII, Núm. 22

septiembre-diciembre de 2006





En la etapa reciente de las relaciones industriales se ha teorizado el tránsito del sistema de producción ford-taylorista al sistema de producción onhista para definir los grados de modernización industrial. Se trata de responder a las preguntas ¿qué condiciones deben prevalecer para que un sistema productivo sea socialmente sustentable? ¿qué tipo de tecnología, condición laboral, organizacional y distributiva tipifica la sustentabilidad social de los sistemas productivos?

Efectivamente, la innovación y el cambio tecnológico, en tanto estrategia productiva, se han venido anunciando como la medida fundamental para superar la crisis estructural del ford-taylorismo en los países desarrollados desde la década de los setenta. Sabemos que esta concepción tecnológica diseñó un sistema de máquinas rígidas donde el trabajador era colocado en un puesto individual y fijo, obligado a desempeñar una tarea específica dentro del proceso del trabajo e imposibilitado de realizar alguna otra. Si bien esta rigidez de la concepción tecnológica norteamericana constituyó, a partir de los años treinta, el sistema productivo idóneo sobre el cual descansó el crecimiento de la productividad, con el tiempo perdió eficacia tanto por el incremento del tiempo muerto que acompañaba la concepción tecnológica organizada en torno al «*one best way*» de ejecución de una tarea simple y repetitiva, como por el incremento de la resistencia de los trabajadores a someterse a un trabajo rutinario y empobrecedor en el proceso de trabajo.

El cambio de la concepción tecnológica en el quehacer industrial se impuso frente al agotamiento y las contradicciones que el mismo sistema productivo ford-taylorista había creado. Ante la inflexibilidad de este sistema se diseñaba una concepción alternativa, en Japón, como fuente de la productividad: los equipos flexibles sustentados en la microelectrónica. Esta propuesta innovadora surgió en la empresa Toyota bajo el liderazgo de Tachai Onho, y se le conoce como el sistema onhista de producción para referirse a los nuevos sistemas de máquinas de control numérico, los equipos computarizados con diseño y

fabricación integrados y los robots que han revolucionado las condiciones de producción en las empresas.

Así, la propuesta tecnológica norteamericana centrada en la rigidez como fuente de la productividad ha sido desplazada por la propuesta tecnológica japonesa centrada en los equipos flexibles y la flexibilidad del trabajo.

Consecuentemente la modernización tecnológica en las empresas a partir de la segunda mitad de la década de los años setenta, se convirtió en el imperativo impuesto por las relaciones de competencia intercapitalista. Iniciar el proceso de reestructuración

del aparato productivo y adquirir las ventajas en productividad que las nuevas tecnologías ofrecían, se constituyó en uno de los retos más importantes de las industrias que transitaban hacia un paradigma que, por ser de vanguardia, se coloca en el polo moderno al que podríamos denominar: sistema productivo sustentable.

Efectivamente, en la etapa actual de la globalización que estamos presenciando, los sistemas productivos se encuentran configurados por la polaridad ford-taylorismo-onhismo. Esta relación dialéctica entre los componentes tradicionales del sistema ford-



CARTA DE LA DIRECCIÓN

taylorista (Estados Unidos) y su confrontación con los nuevos componentes del onhismo (Japón) establecen las fronteras entre el atraso productivo de la industria tradicional y la innovación de la industria moderna. También podemos analizarlo en términos de los grados de sustentabilidad social de los sistemas; es decir, la capacidad que tienen de satisfacer los estándares tecnológicos, de calificación, formación salarial, planeación organizacional y el efecto multiplicador en el mercado interno y la generación de empleo que permitan a las empresas ser competitivas y distribuir con justicia la riqueza creada.

En consecuencia, la polaridad atraso-innovación o el binomio insustentable- sustentable, establecen un amplio rango determinado por los componentes de ambos sistemas. En un país, en un distrito industrial, en una rama de industria e inclusive en el seno de una empresa, coexisten dichos *sistemas productivos, híbridos*, aunque con predominio de uno de ellos y con grados de sustentabilidad social de los sistemas productivos diferenciados.

Estos cambios de concepción tecnológica van acompañados de transformaciones profundas en el proceso de trabajo, la planeación organizacional y los sistemas distributivos. El uso de tecnologías flexibles requiere de una planta laboral con mayor calificación, pero también de un mayor involucramiento para satisfacer los programas de calidad total que requieren las tecnologías informatizadas. No se puede pensar

en el uso de equipos flexibles, de control numérico y de robots sin el involucramiento del trabajador, el establecimiento del trabajo en equipo y la mejora continua. Tampoco se puede pensar estas innovaciones sin el reconocimiento del empleador a la capacidad de innovación de cada uno de los trabajadores y su reflejo en el salario. De tal suerte que el onhismo constituye una superación y mejoría en la condición laboral, pues ya no solamente cuenta el trabajo manual, sino sobre todo el trabajo intelectual. Tampoco es suficiente la producción, sino la producción con calidad, así como el reconocimiento de que sobre el salario diario se agrega el salario vinculado a la productividad y la innovación del trabajador como motor impulsor del mercado interno y del empleo. En suma, se perfila un sistema productivo que se acerca a los requerimientos del desarrollo humano; es decir, la conformación de un sistema productivo con sustentabilidad social.

Las transformaciones del mundo del trabajo que se impulsan actualmente tienen en su base el mismo camino: desplazar el trabajo simple, repetitivo, enajenante y descalificado hacia la conformación del trabajo flexible, polivalente, abstracto, complejo, con nuevas formas organizacionales basadas en el sistema de calidad total, la innovación, el salario justo, la creación de empleo y una actitud creativa capaz de fortalecer una economía basada en el conocimiento necesario para enfrentar los retos de la globalización. 🍀

